

Retóricas de la Antropología

Clifford James & Marcus, G. E. (eds.)
Júcar Universidad. Gijón, 1991.

El realismo ingenuo imperante en Antropología durante muchos años, había heredado del estructural funcionalismo la creencia de que las etnografías de los pueblos aludían a un todo, una totalidad social y cultural que debía ponerse de manifiesto a través del estudio de sus elementos. El análisis y la interpretación de los «hechos sociales» estaban unidos a una visión del mundo sistemática que se presentaba como real y que había que descubrir. El narrador desaparecía en favor de la invisible, impersonal y omnipresente tercera persona, para ofrecer una mayor apariencia de objetividad científica. Debajo de los datos estaba la creencia narcisística del propio etnógrafo en la validez de sus juicios frente a la enorme dificultad que ello encierra. Pero no sólo el individuo investigador era simbólicamente eliminado sino también el informador. El conjunto del que se escribía «*la gente de la cultura*» era una abstracción poco real de los individuos de carne y hueso con los que uno se topaba en el campo e igualmente el estilo característico de la descripción, la generalización típica, escondiendo la individualidad de los datos recogidos con afirmaciones atemporales y aespaciales con lo que se subrayaba la discontinuidad entre la experiencia del campo y la información producida. La presentación de la evidencia etnográfica se configuraba por último de un modo estereotipado a través de secciones standard donde se incluían datos ecológicos, sociales, ideológicos, etc. de una manera fija y, por cierto, bastante aburrida en muchas ocasiones.

La reacción más sistemática e impactante frente esta visión del quehacer etnográfico es la publicación de este libro en inglés (*Writing Culture*) en el año 86 que significó la culminación teórica de una nueva línea de experimentación sobre la etnografía y la escritura etnográfica que se había estado fraguando en las últimas décadas. En el camino quedaban esfuerzos de autores radicalmente experimentales, como Gregory Bateson, quien en 1936 había producido un increíble texto, (*Naven*) donde ensayaba formas alternativas de representación de un ritual e inauguraba el interés explícito de los antropólogos por la descripción cultural o Mónica Willson a comienzos de los 50, ejemplo de rigor metodológico, preocupación por la evidencia etnográfica y respeto por la tradición de un sistema intelectual ajeno en sus monografías de los Nyakyusa. Los siguientes hitos hacia los ejercicios conscientes de interpretación, introspección y crítica del

proceso de la etnografía ya toman forma literaria y filosófica como los famosos *Tristes Tropiques* de Lévi-Strauss en 1955 o la novela de Laura Bohanan, *Return to Laughter* que firma con seudónimo (Bowen, 1954). Después de ellos, entre los años 60 y 70 un grupo diverso (Balandier, Maybury-Lewis, Chagnon, Rabinow, Dwyer, Crapanzano, los Rosaldo, Schiefflin y Favret-Saada, entre otros) producen monografías explícitamente experimentales. Varios de estos autores escriben en esta colección. Aunque Geertz llama a algunos «los hijos de Malinowski» y los considera enfermos del mal del «diario» que aquejó a éste, por su interés por plasmar las circunstancias concretas de la experiencia investigadora y humana, todos ellos son igualmente hijos del Geertz de *La interpretación de las culturas* y su esfuerzo por el examen del proceso —o procesos— de comunicación por los que el antropólogo, a través de trabajo de campo, adquiere un conocimiento del sistema de significados culturales y lo representa en textos etnográficos. He aquí el antecedente inmediato del presente libro.

Los distintos artículos que forman este libro, se caracterizan, aparte de su inusitada calidad, porque elaboran esta tradición de descripción y reflexión sobre el trabajo de campo manteniendo «alta la guardia autocrítica y sarcástica» (pág. 33). Como sugiere el subtítulo de este libro en la versión en inglés (*The poetics and politics of ethnography*) se parte de una doble perspectiva: que la actividad etnográfica está «situada en el ojo del huracán de los sistemas de poder que definen el significado» (27) y que el proceso literario (la utilización de la metáfora, la figuración, lo narrativo) afecta a todas las etapas del fenómeno cultural. En el libro se plantea un buen número de problemas epistemológicos, existenciales, morales, ideológicos o políticos y se inicia la discusión franca y abierta de temas tan poco discutidos como importantes intentando rastrear su impacto en el trabajo concreto y su relevancia para la práctica de la descripción y análisis etnográficos. Este enfoque de la etnografía experimental manifiesta una preocupación explícita sobre la interpretación y representación etnográfica, algo que deja de ser una actividad en cierto grado inconsciente, o dada por hecho. El proceso de la etnografía ya no es una simple etapa de recogida de material y base de la comparación, porque se parte de que los «hechos» son construcciones. En este sentido la elaboración de una teoría general proviene del cuidadoso examen y refinamiento en la manera de presentar el material más que de la acumulación de datos. Lo que se compara es la adecuación de maneras alternativas de comprender o estilos de explicación de un fenómeno similar. El etnógrafo experimental no sólo se introduce él mismo y su experiencia en el texto sino que se convierten ambos en la clave de la elaboración y experimentación intelectual. Pero además se plantea el problema de la organización del texto y de la interpretación. Se trata de ofrecer alternativas y novedosos modos de análisis culturales a través del tipo de material, conceptos organizativos y marcos de referencia que se utilizan; algo que en el pasado se ha cuidado muy poco, demasiado interesados en cubrir «todos los elementos de la cultura». Además no sólo aparece la cultura estudiada sino la propia y la relación entre ambas. El trabajo de campo

es una negociación, una colaboración mutua, un proceso; es también una experiencia ética y humana por lo que se comienza a ceder la palabra, a transmitir las voces nativas. El antropólogo inicia, en suma, un diálogo frente al antiguo monólogo, una discusión seria de la epistemología del trabajo de campo y su estatus como método, inaugurando un enfoque teórico de comunicación dentro y entre culturas. Entre los nuevos materiales están la epistemología, sensibilidad y estética nativa, parte del propio análisis y por

consiguiente el respeto a su tradición intelectual. Y también las del etnógrafo. Como indica Clifford, «en los ensayos aquí recopilados se amalgaman las fronteras de lo artístico y de lo científico». La monografía es un producto, una variedad de literatura académica sobre los mundos exóticos que puede y debe ser analizada como cualquier otro producto cultural.

María Cátedra

Mouros, Animas, Demonios. El imaginario popular gallego

María del Mar Llinares
Akal Universitaria, 1990

Antropología de los retazos

Va siendo ya una costumbre, me imagino que un poco molesta para los gallegos, que de vez en cuando aparezcan textos que con el propósito de hacer un análisis de la cultura popular de esta zona, se centren en aquellos aspectos de la misma que resultan más chocantes a los ojos del investigador y del público en general. Está claro que a cada uno le toca su «sanbenito» y a los gallegos parece que les ha caído el de constituirse en «reserva espiritual» del exotismo antropológico español.

Mouros, Animas y Demonios, como su mismo título indica, va a continuar en esta línea. Aunque como se explicita al inicio del libro, se va a tratar no tanto de estudiar en profundidad lo «exotérico» en una comunidad o en alguno de sus aspectos específicos, como de acceder a la comprensión de lo que la autora denomina «el imaginario de la cultura popular gallega», a través de la utilización del método estructural desarrollado por C. Lévi-Strauss. ¡Empresa ambiciosa donde las haya!

El libro se estructura a partir de tres grandes apartados: introducción teórica, descripción de los seres y cosas «ima-

ginarias» y estudio de los aspectos concretos del simbolismo gallego.

En el primero, y a modo de miscelánea, se nos presentan distintos planteamientos teóricos de la antropología, la psicología y la filosofía, sobre temas tan diversos como las discusiones en torno a la definición de símbolo y signo, la formación del pensamiento simbólico, la mentalidad «primitiva», y el pensamiento mítico, por poner algunos ejemplos. Hecho lo cual la autora considera que, en definitiva, las distintas teorías y autores están tratando de lo mismo, que sería lo que ella denomina con un criterio de máxima amplitud «lo imaginario». Definido como la forma de pensamiento a través del cual «el sujeto conoce la realidad sin interferencias, ni desde sí mismo, ni desde la sociedad y la cultura en la que está inmerso»; abundando en la idea de que es una forma de pensamiento diferente de lo empírico-racional y por supuesto opuesta a lo que la autora denomina la realidad «real» («una piedra es una piedra para todo el mundo»). A lo que cabría añadir que realmente para este viaje no se necesitaban semejantes alforjas —teóricas—, pues nos encontramos ante una concepción tan simple como maniquea de lo que constituye un sistema simbólico. Concepción que está ampliamente superada en antropología, como lo demuestran las abundantes citas que la autora utiliza de Lévi-Strauss, Sperber y M. Douglas entre otros. A partir de ahí, entramos de lleno en la descripción de los elementos que constituirían el «imaginario popular gallego». Mouros, mouras, ánimas, encantamientos, tesoros, se suceden como si de una colección se tratara y emergen a través de las numerosas y excelentes citas de textos de grandes folkloristas y buenos conocedores de la cultura popular gallega. Y aquí es donde triunfa lo que podríamos denominar «el principio de la recolección», consistente en la acumulación y descripción de elementos diversos, cuya unión se realiza gracias al discurso del investigador, que a la manera de la goma arábica permite la unión de estas piezas o retazos.

Y es una lástima, porque precisamente en aquellos momentos en los que se deja de «recolectar», y la autora empieza a establecer algunas interrelaciones entre los distintos elementos simbólicos, es cuando el texto gana brillantez. En la medida en que la descripción se sustituye por la explicación